

NOTAS PARA EL ANIVERSARIO 50º DE PTH

50 años. ¡Cómo pasa el tiempo!

Sabemos que el tiempo pasa pero lo que no terminamos de entender es «Cómo».

Por ejemplo 10 años, pasan un día después de otro. Pero la percepción de ese mismo lapso es distinta según en qué lo enfoquemos:

Me parece un siglo, si pienso en mis hijos; pero me parece que fue ayer, si pienso en los 40 años de PTH.

Hoy estamos aquí otra vez para hablar del mismo libro y decir, las mismas cosas: hablar de su importancia y su vigencia.

Y somos, más o menos, las mismas personas. Algunos que ayer estaban hoy ya no están; pero otros que no estaban ahora están (como por ejemplo, mis hijos, que son los nietos del autor).

Y entonces vemos el carácter cíclico de la vida. Contemplada día a día, todo parece una repetición de lo igual, pero, de pronto, contemplada con cierta perspectiva, todo parece haber cambiado.

Y lo mismo pasa con este libro. Hay cosas que cambiaron y cosas que no.

En el prólogo del autor a la tercera edición Chiozza escribe:

«Un editor italiano de mucha experiencia me dijo, hace ya algunos años, que la primera obra de un escritor que comunica sus elaboraciones teóricas es siempre la más importante, en el sentido de que en ella están contenidas todas las que escribirá posteriormente. Tal vez sea demasiado decir que siempre es así, pero al releer ahora, en 1998, las páginas de Psicoanálisis de los trastornos hepáticos, me he reencontrado, en ellas, con los gérmenes de las ideas que más tarde escribí.»

PTH es hoy el primer tomo de unas OC que, al día de hoy, van por el tomo XXI. Pero no es el tomo I sólo por una cuestión cronológica; como ya dijimos hace 10 años y hoy repetiremos, una vez más, PTH es

el pilar fundamental de esos otros veinte tomos.

De modo que las ideas de PTH son bien conocidas y retomadas numerosas veces en esos otros 20 tomos.

Son ideas vivas y vigentes que se retoman en todas las investigaciones que realizamos.

Y sin embargo, me atrevo a decir que PTH es uno de los libros menos leídos de Chiozza. Los alumnos sólo estudian de él lo que se les pide (o eso nos hacer creer). Los investigadores se limitan a abreviar de él los conceptos que les son útiles, y los diletantes, prefieren otras lecturas.

¿Por qué?

Chiozza se pregunta la misma cuestión en el prólogo a la edición italiana:

«Uno podría preguntarse por qué [...] otros de mis libros fueron elegidos mucho antes para ser traducidos al italiano, al inglés o al portugués. Tal vez la respuesta radique en que Psicoanálisis de los trastornos hepáticos, mi primer libro, mi libro de juventud, continúa siendo, cuarenta años después, mi libro más audaz.»

Pero esto no se aplica a nosotros.

Cesio en el prólogo a la primera edición sostiene que:

«...las ideas fundamentales poseen un carácter profundo, que aun comprendidas son difíciles de asimilar a nuestro pensamiento habitual.»

Pero esto no explica por qué, quienes conocen bien las ideas esquivan la lectura de este libro.

Yo pienso que hay otros dos factores que podrían explicar esta cuestión.

1) La terminología usada en el libro hoy ha caído en desuso. La lectura se hace difícil.

Pero sería un error pensar que esto se debe a una "moda".

Al contrario, es el carácter revolucionario del libro que cambió la forma de ver y entender una parte muy importante del psicoanálisis.

Ejemplo, *Proyecto de psicología para neurólogos*.

El otro factor es aún más importante:

2) Desconocer el contexto histórico de la obra.

Jugadores de Boca.

Lo que desconcierta es que alguien tan chico pueda hacer algo tan grande.

PTH es un libro de juventud. Escrito por un joven de 33 años, que acaba de egresar de la escuela de psicoanálisis. Alguien que intenta dialogar con los que, en aquella época –hace 50 años– eran sus maestros: Garma, Rascovsky, Pichón Riviere, Cesio, Langer, Grimberg...

Olvídense, por un momento, del hombre mayor que todos conocemos y enfóquense en la fotografía del joven que aparece en la tapa del libro.

De modo que PTH no es un libro escrito para nosotros, los discípulos del autor, sino para sus maestros. En ese entonces, nosotros no existíamos en la mente del autor ni siquiera como un sueño.

Traten de imaginarlo.

Como si uno de los más jóvenes de ustedes, alguien que hoy está sentado allí, en la platea, –un alumno, quizás–, viniera a revolucionar las ideas de los que hoy estamos aquí en el estrado. Justamente a nosotros, que tenemos la función de calificar su desempeño, en seminarios y supervisiones.

No hace falta que intentemos imaginar el resultado de tan osado empeño, porque el mismo autor lo relata en el prólogo a la primera edición:

«Han pasado seis años y durante ese intervalo, en flujos y reflujos...

estos trabajos recibieron cálidos elogios y duras críticas.

»Muchas de tales críticas, explícita o implícitamente, se fundamentan en supuestos que, en algunos casos, poseen una larga historia de controversias dentro de la ciencia.

»El primer problema que parece necesario abordar se refiere a "la precisión en el diagnóstico". ¿Cómo podemos hablar de trastornos hepáticos así, en general, sin hacer distinción alguna entre un cólico y un cáncer?

[...]

»¿Cómo puede hablarse del órgano hígado o de las afecciones biliares, afirmando que no sólo "representan" sino que son fantasías? ¿Significa esto que no son "reales"? Por otro lado, ¿cómo puede hablarse de psiquismo en el feto o, peor aún, en el embrión? ¿O hablarse del psiquismo implícito en la progresión de la bilis a través de los canales colédocos o en el metabolismo celular? ¿No representa esto otra vez un retorno al animismo primitivo?»

En otras palabras, es necesario volver a discutir las bases de la psicósomática desde el principio.

¿Por qué sucedió esto? ¿Acaso la idea de interpretar el sentido inconciente de afección corporales era demasiado ajena al psicoanálisis de la época?

Creo que no es ese el motivo.

Cesio, en el prólogo a la primera edición, nos cuenta que:

«El psicoanálisis, durante los primeros años de su desarrollo en Buenos Aires, era una manera de investigar en la medicina psicósomática...» La primera publicación de la APA se titulaba "Patología psicósomática". La APA coronó la búsqueda de Chiozza en su interés por el sentido de los trastornos orgánicos.

Entonces, ¿qué pasó?

A mí me parece un malentendido trágico: Tenemos un joven, serio, capaz y entusiasta, interesado en cuestiones de psicósomática que encuentra en el psicoanálisis de la APA su tierra prometida. Este joven

les dice a sus admirados maestros:

“Descubrí cuál es el obstáculo que impide el progreso de la psicósomática; y encontré, además, la manera de sortearlo. Necesitamos asumir estas premisas. Si lo hacemos, podremos lograr lo que todos queremos: avanzar en la investigación del sentido inconciente de los trastornos orgánicos. Estoy abriendo la puerta a una nueva manera de entender el psicoanálisis.”

Qué duda cabe que si lo hubieran prohiado y ayudado hoy la APA podría estar muy orgullosa.

Pero no fue eso lo que hicieron.

Para sorpresa de ese joven discípulo –imagino yo–, sus maestros le dieron la espalda. Lo trataron como un traidor. Como un improvisado que haciendo pseudociencia, propone un retorno al animismo pre-científico.

Me parece algo muy doloroso para alguien tan joven y con tantos ideales.

Aún si de buena fe, pensaron que se equivocaba, el noble esfuerzo de ese joven discípulo no merecía semejante trato. Estoy convencido que no pensaban que estuviera equivocado; creo que los asustó darse cuenta de que tenía razón.

En su extenso prólogo a la primera edición, Chiozza se defiende de todas esas críticas elaborando una discusión profunda y exhaustiva, de muy alto vuelo argumental.

Vale la pena leerla, créanme.

Allí, con amargura, Chiozza recoge el guante y escribe desafiante:

«Ocurre que si bien se oyen en nuestro medio expresiones tales como: "murió a los 35 años víctima de una tuberculosis producto de su identificación con un padre que falleció a la misma edad de idéntica

enfermedad”, o también: “padeció un cáncer de testículo con el cual somatizó, justo en el momento en que había decidido casarse, su castración”, no suelen, teóricamente consideradas, ser tomadas “en serio”, y sucede que no encontramos, entre los psicoanalistas que conocemos, una formulación teórica explícita que ponga en duda ese segundo postulado.»

«Desde este ángulo, y recorriendo la huella iniciada por otros autores, me atrevo pues a afirmar que resulta igualmente fructífero y lícito preguntarse acerca del sentido psicológico de cada uno de los trastornos orgánicos, aun de aquellos “provocados” por el médico (Chiozza, 1970l [1968], 1970m [1968]). Una afirmación semejante no ha sido hasta ahora asumida, de una manera explícita y categórica, dentro del pensamiento psicoanalítico.»

Guau!

El cachorro sacó las garras!

Los 20 tomos que le siguieron son, para mí, prueba suficiente de que no era arrogancia.

Me parece que, a partir de entonces, con dolor y amargura, Chiozza se asume como huérfano. Como el hijo expulsado de la familia psicoanalítica. Ya no tendrá maestros; ya no será discípulo... A partir de allí, nace el Maestro de quienes compartan su visión.

Redoblando la apuesta, se decide a publicar en forma de libro, la tan combatida Comunicación Preliminar. Lamiéndose las heridas de tan duras batallas, concluye el prólogo de su libro con las siguientes palabras:

«Deseo por último expresar mi esperanza de que el lector que se acerque a estas páginas me obsequie con la amalgama de una doble contribución: escepticismo y benevolencia.»

¿No les parece trágico?

20 años más tarde, en el prólogo a la segunda edición, recordando esos acontecimientos, y reflexionando sobre todo lo ocurrido, Chiozza escribe:

*«En unos años más, a juzgar por lo que vamos leyendo aquí y allá, proveniente de las fuentes más diversas, [...] el núcleo principal de las ideas de este libro formará parte del acervo común, pero hace veinte años, junto al entusiasmo de unos pocos, y la tolerante simpatía de otros más, produjeron en el resto antipatía, desconfianza y rechazo. Los efectos de tales sentimientos comprometieron duraderamente mi progreso en el establishment de la institución psicoanalítica, y hoy debo reconocer que si enfrenté tales amarguras fue más por inconciencia de sus alcances que por meditada valentía. Sin embargo, para ser justo conmigo, debo añadir que **la aceptación que entonces buscaba**, me habría sido más fácil si me hubiera retractado públicamente de aquello que, una vez iniciado, ya no quise traicionar. Hoy sé lo que entonces sólo sospechaba, que las ideas aquí contenidas sobrevivieron en nuestro medio no sólo gracias a su aceptación, sino también por **la arbitrariedad con que fueron rechazadas**, y que, en **la violencia e injusticia con que fueron combatidas**, existía el implícito reconocimiento de su valor y la conciencia oscura de una incómoda cercanía a una nueva "verdad" que retornaba una y otra vez desde "los hechos". Si tan sólo hubiese sido yo un extranjero en mi país, quizás habría sido más fácil para todos, pero ignoro si, enfrentado con menores dificultades, yo hubiera, tal vez, podido producir algo mejor.»*

Aunque resulte penoso, yo soy de la misma opinión. No basta con tener buenas ideas... hay que estar dispuesto a pagar el precio. Tal vez, no siempre sea así, pero es muy frecuente que esto suceda.

Y cuando las ideas son revolucionarias, el precio siempre es alto. La moneda son las lágrimas amargas, la soledad y el aislamiento. Por eso en todos los sucesivos prólogos, el autor agradece tanto a sus discípulos.

Pero también es cierto que lo que no mata, fortalece. Vistas las cosas desde la perspectiva de los años, no cabe duda de que valió la pena.

Pero no por esto tenemos que olvidar o minimizar la pena que fue necesario soportar.

Por estos motivos, que intenté explicar lo mejor que pude, creo que hoy podemos y debemos festejar que esta dolorosa historia haya tenido un final feliz.

Y mi contribución a este festejo es intentar con estas reflexiones que surja en ustedes el deseo y el interés de leer este maravilloso libro de juventud. ¿Qué mejor regalo podría recibir el autor?

Muchas gracias.